

CRÓNICA ARQUEOLÓGICA DE LA ESPAÑA MUSULMANA

XXXI

ORIGEN DE LAS DISPOSICIONES ARQUITECTÓNICAS DE LAS MEZQUITAS

Hay una abundante literatura sobre el origen de las formas arquitectónicas de las mezquitas. Recientemente se ha acrecentado con nuevas hipótesis de varios arqueólogos, divergentes casi todas ellas.

Sauvaget, ilustre arabista, profesor del Colegio de Francia, fallecido hace poco tiempo, a cuya sólida erudición acompañaban inteligencia aguda y fina sensibilidad, se ocupó incidentalmente de la procedencia de los oratorios islámicos en una monografía consagrada a la mezquita omeya de Medina, en la que estudia múltiples temas de historia artística y de liturgia en relación con ese edificio, detalladamente analizado ¹.

Sostiene Sauvaget que, en las muchas teorías emitidas sobre el origen de la mezquita, tan sólo se ha atendido a su aspecto formal, olvidando relacionar la obra arquitectónica con su utilización, es decir, con las ceremonias para las que estaba destinada y a las que servía de escenario. Creswell fué uno de los que incurrió en ese olvido — dice Sauvaget —, en su monumental obra, desarticulando el conjunto arquitectónico del oratorio islámico, con un análisis tan profuso y fragmentado que acaba por borrar la idea de homogeneidad que suele presidir la concepción y ejecución de todo edificio.

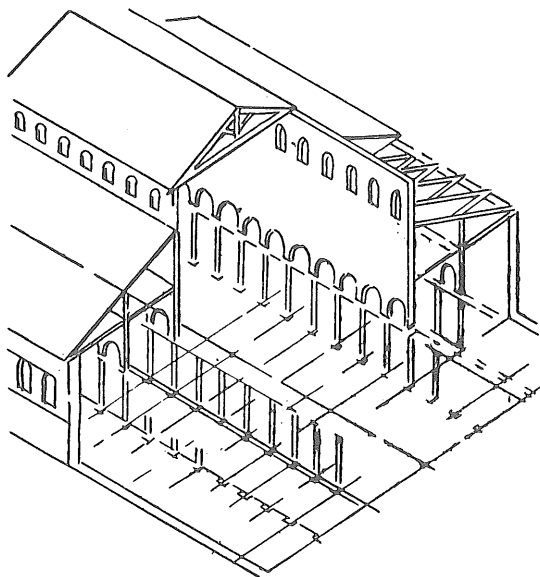
Para el malogrado arabista — la afirmación es indudable — el esquema de las mezquitas más antiguas responde a lo que acostumbramos llamar disposición basilical, es decir, un edificio o sala de planta rectangular, dividida en varias naves, más elevada generalmente la central que las restantes, lo que permitía abrir ventanas en la parte alta de sus muros. Una mezquita omeya es, exactamente, una basílica de esa forma precedida por un patio, con pórticos en torno de éste.

El arte omeya no empleó el plano basilical exclusivamente para los oratorios y Sauvaget describe y analiza una serie de aplicaciones del mismo a la sala principal de palacios, baños y castillos levantados por los monarcas de esa dinastía (Jirbat al-Minya, Mšatta, al-Mowaqqar, Qūṣayr ʿAmra, Hammām al-Šaraj, Kharānē, al-Qastal y Yabal-Seis). Algo forzada resulta la inclusión entre las disposiciones basilicales de algunas de estas salas. En cambio, las dos de recepción desenterradas en Madīnat al-Zahrā', aunque posteriores tan seme-

¹ *La mosquée omeyyade de Médine*, por Jean Sauvaget (Paris 1947), pp. 122-185.

jantes a la de Jirbat al-Minya, podían haberle servido para reforzar su tesis.

Después, pasa a estudiar Sauvaget, con ayuda de abundantes referencias, el ceremonial de audiencia cortesana. El califa se colocaba en el eje y al fondo del salón, frente a la entrada principal, recostado sobre un lecho junto al cual se quemaban

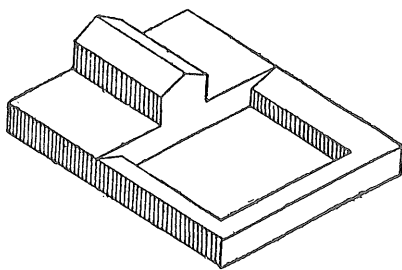


Esquema de una basílica latina cristiana de cinco naves.

perfumes en pequeños recipientes; delante había una cortina. En las recepciones solemnes, los asistentes situábanse en dos filas a lo largo de los muros laterales de la sala, dejando libre la parte central, reservada a los que iban a hablar al soberano: embajadores, comisiones, oradores y poetas. Pero esas salas de planta basilical no eran propiamente «de audiencia», en el sentido estricto de la palabra, sino «la pieza principal de la residencia del dueño de la casa», en la que estaba habitualmente y recibía las visitas, local el más importante de la vivienda de ca-

rácter privado; las habitaciones que flanqueaban la parte del fondo serían los dormitorios destinados al jefe de la familia.

Auxiliado por múltiples testimonios, afirma el arabista francés que en los primeros siglos del islam, la mezquita, más que un local de culto autónomo, era, sencillamente, un anejo del palacio del califa o del gobernador, destinado, según tradición procedente del mismo Mahoma, a todos los usos para los que resultaban impropias las viviendas de carácter privado. No es, pues, por el lado de la liturgia por el que habría que buscar la clave de la ordenación arquitectónica de la mezquita, sino a través de las instituciones gubernamentales o, mejor dicho, del ceremonial áulico.



Esquema del prototipo de la mezquita omeya, según Sauvaget.

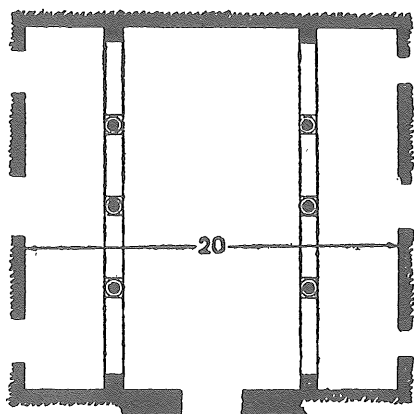
La disposición dada al fondo de la nave central de la mezquita explícala Sauvaget como un compromiso entre la de la sala de audiencia basilical y el uso fijado por la tradición del Profeta ¹. El patio con pórticos y el alminar de las mezquitas serían, a su vez, réplica monumental de ciertos rasgos del *masjíd* de Mahoma.

Respecto al *mibrāb*, Sauvaget contradice a Pedersen y Creswell, para los que no es más que un ábside atrofiado de iglesia cristiana (el último ve su inspiración en los de las coptas), y opina que se trata de una réplica reducida del ábside terminal de las salas de audiencia palatinas, elemento común al palacio y a la mezquita ².

¹ En la mayoría de los ejemplos aducidos por Sauvaget no hay nicho en el fondo de la nave central de las salas; aunque no tienen disposición basilical y son más tardíos, nichos se encuentran en varias salas de la Qal'a de los Banū Ḥammād y en las principales de la Cuba y de la Ziza de Palermo.

² Johs. Pedersen y E. Díez, en las palabras *masjíd* y *minbar* de la *Encyclopédie de l'Islam*, t. III (Leiden, Paris 1936), pp. 396-397 y 567-569; *Early*

También frente a Creswell, que ve en el púlpito de las iglesias coptas el origen del almimbar, para el autor de la monografía de la mezquita de Medina éste no es más que el trono del jefe político de la comunidad. Y asimila la *maqṣūra* a la cortina tendida delante del nicho del fondo de la sala de audiencia, que separa al soberano y sus íntimos del resto de los asistentes, creyendo, contra el parecer tradicional, que servía más para realzar



Jirbat al-Minya (Siria).—Sala de recepción.

la majestad y el prestigio del jefe que como garantía de su seguridad. La *maqṣūra*, a su vez, puede asimilarse al cancel (*cancellum*) de las antiguas iglesias cristianas que separaba el presbiterio, y a veces una parte de la nave central, del resto del templo.

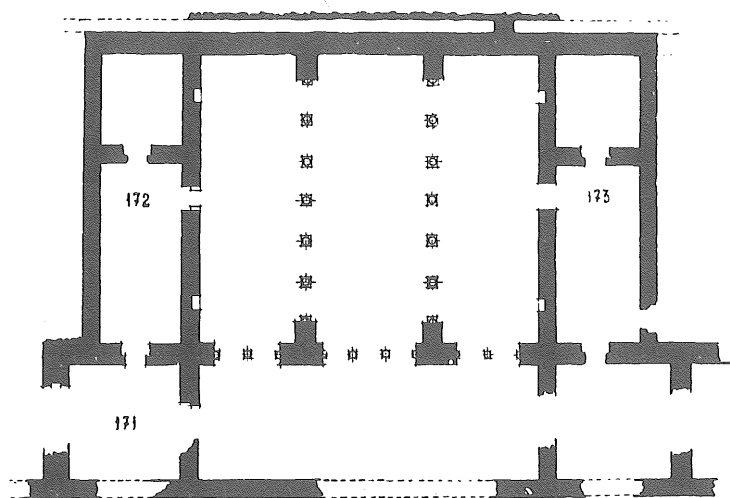
En suma, entre el ceremonial de la audiencia y el de la *juṭba* establece Sauvaget un perfecto paralelismo; las diferencias entre los locales en que ambas

ceremonias se celebraban, cree que tienen escasa importancia, de no obstinarse en considerar tan sólo su aspecto formal. Mezquita y sala de audiencia no son más que variaciones de un tipo único de planta, obligado al ser iguales las ceremonias celebradas en ambos lugares.

El problema de los orígenes arquitectónicos de la mezquita se plantea así sobre nuevos datos, al estar indisolublemente unido al de filiación de la sala de audiencia basilical. Su solución ha de buscarse, no como se ha hecho hasta ahora, por el lado de la arquitectura religiosa, sino por el de la palatina y el ceremonial áulico de épocas anteriores.

Muslim Architecture, por K. A. C. Creswell, primera parte (Oxford 1932), pp. 98-99.

Para demostrar su teoría, Sauvaget enumera y describe las salas de audiencia basilicales anteriores al islam, cuyo tipo monumental, muy difundido, cree precedente de las mezquitas y castillos omeyas: salas de audiencia romanas, bizantinas, sasánidas y etiópicas; iglesias (la mezquita, dice, no puede derivar del templo cristiano; las semejanzas entre sus esquemas arquitectónicos se explican por proceder ambos de un prototipo común, la sala de audiencia palatina de plano basilical, cuyo ceremonial influyó



Madinat al-Zabraq. — Planta del gran salón de 'Abd al-Rahmān III.

en el litúrgico de la iglesia); sinagogas (su disposición basilical no es consecuencia de la de las iglesias cristianas, pues hay algunas que la tienen, anteriores a éstas), y basílicas helenísticas.

Al resumir su tesis, afirma Sauvaget que la basílica civil o judicial romana, bajo sus diferentes aspectos, tuvo su origen en disposiciones de los palacios helenísticos, sencillo desarrollo, a su vez, del plano de la vivienda. Y fué la sala de audiencia palatina, elaborada por la arquitectura romana a base de ese prototipo oriental, el modelo común de la iglesia, de la sinagoga, del palacio musulmán y de la mezquita. Esta última es un compro-

miso entre el plano y disposición de la casa del Profeta y la fórmula antigua de la sala de audiencia basilical, compromiso que dió a su vez origen a las diversas disposiciones de mezquitas creadas por el islam.

De haber recordado Sauvaget la definición de las basílicas que da San Isidoro, no hubiera dejado de citarla en refuerzo de su tesis: «Basílicas: así se llamaban antiguamente los palacios de los reyes, del griego *basileus* (rey), y, por lo tanto, basílicas son habitaciones regias. Hoy los templos divinos se llaman así, basílicas, porque en ellos se ofrecen cultos y sacrificios a Dios, Rey de Reyes»¹.

Un tipo de edificio que satisfaga nuevas necesidades se forma, sin duda, atendiendo a éstas, pero a base de formas arquitectónicas y artísticas preexistentes. La dosis en que ambos factores entran para engendrar el nuevo modelo arquitectónico, puede ser muy variable. Sauvaget da, a mi juicio, una importancia preponderante y excesiva a los primeros, acumulando textos con extraordinaria erudición y sutileza, de dudosa interpretación bastantes de ellos. También es discutible la disposición basilical de varios de los ejemplos que cita. El problema, como casi todos los de filiación, es complejo. Su estudio requiere examinarlo desde muy diversos puntos de vista. Uno de los hasta ahora más desatendidos es el tratado con tanta ingeniosa erudición en la monografía comentada, importante contribución a su estudio. Prematuro parece querer sacar consecuencias definitivas de un examen parcial.

* * *

La sala de estructura basilical, dividida en varias naves por columnas, a veces más elevada la central, era disposición vulgarísima en la arquitectura romana, empleada para muy distintos usos, entre ellos para basílicas civiles, muy abundantes y exten-

¹ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, lib. XV, cap. V.

didadas por todo el Imperio, y salas de recepción de palacios. Al prestarse a construir vastas salas, bien iluminadas, en las que cupieran gran número de gentes, sirvió de modelo para la edificación de iglesias, sinagogas y mezquitas.

La reiterada afirmación de Sauvaget de que la basílica cristiana no deriva de la civil romana, y de disposiciones arquitectónicas análogas, parece una de las menos fundamentadas de su estudio, que le llevan hasta a afirmar caprichosamente (p. 173) que «la introducción repentina de la basílica en la arquitectura religiosa cristiana se debió a iniciativa de Constantino, dictada por su cambio de actitud respecto a la Iglesia cristiana». Supone, pues, que la voluntad de un hombre bastó para crear e imponer por todo el imperio romano una fórmula arquitectónica. Como se ha dicho antes, en el momento en que las comunidades cristianas pudieron construir iglesias, lo que hicieron fué adaptar a sus necesidades litúrgicas el tipo de grandes salas hipóstilas de reunión, vulgar en la arquitectura contemporánea, que llamamos basilical. Hoy sabemos que en muy diversos y lejanos lugares basílicas civiles se convirtieron en iglesias en los primeros tiempos: en Argelia (Madaura, Tipasa), en Túnez (Thibari), en Trípoli (Sabratha, Leptis Magna). La palabra «basílica» era en la antigüedad de índole genérica y designaba una sala noble y espaciosa, sin determinación de destino ni forma ¹, y así lo confirma aún, en el siglo VII, la definición de San Isidoro. Posteriormente se restringió la significación, reduciéndola al caso particular de edificio rectangular, dividido por columnas en varias naves.

Inspirada, en gran parte, la religión islámica en la cristiana e israelita, es lógico pensar que sus templos también procedan de los de ambas: Creswell, como se dijo, vió grandes semejanzas entre las iglesias coptas y las mezquitas, pero el hallazgo de la sinagoga de Dura-Europos hace pensar más bien, según Lambert, en su derivación de templos israelitas ².

¹ Gustavo Giovannoni, en *Atti del IV Congresso Internazionale de Archeologia Cristiana*, v. I (Roma 1940), pp. 128-129.

² Elie Lambert, *La synagogue de Doura-Europos et les origines de la mosquée*

Dura-Europos, ciudad a orillas del Tigris, fué destruída en el año 256 de J. C. tras su asedio. En excavaciones realizadas hace veinte años por la Universidad de Yale, aparecieron bajo tierra los restos de un templo judío, con rica decoración pintada, en gran parte intacta. Reconstruyóse sobre el emplazamiento de otro anterior, consagrándose en 244 según dicen dos inscripciones conservadas, griega una, aramea la otra. Era un edificio de dimensiones reducidas, unido a diversos anejos: alberguería, escuela, letrinas, etc. Constaba de dos partes: un patio descubierto, rodeado de pórticos de columnas en tres de sus lados, y una sala de oración, comunicada con el patio por dos puertas, una principal, en el eje, y otra secundaria, en el ángulo sudoeste de aquél. El conjunto formaba en planta un rectángulo más largo que ancho, subdividido en dos partes igualmente rectangulares, de mayor anchura que longitud ambas.

El patio tenía algo más de 10 metros por 13 y se ingresaba a él por una puerta, abierta en un muro sin pórtico. Dos laterales, uno a cada lado, apeados en una sola columna, flanqueaban los costados del patio, a sur y norte. Y otro pórtico grande, sobre cuatro columnas, extendíase de frente, precediendo a la sala de oración.

Esta medía 13,65 metros de ancho por 7,68 de largo y alrededor de 6 de altura, sin ninguna división interior. En el centro de su muro de fondo, orientado hacia oeste, había un nicho profundo, terminado en semicírculo y cubierto con una concha, señalando la dirección de Jerusalén. Contenía el armario en el que se guardaba el Libro de la Ley, objeto esencial del mobiliario litúrgico israelita. Su arco de ingreso estaba flanqueado por una columna a cada lado. Próxima, y a la derecha, una escalera de cuatro peldaños permitía subir a un quinto, más elevado, asiento del arquisynagogos, o presidente de la comunidad. Poyos escalonados, arrimados a los muros, servían de asiento a los fieles. Las mujeres, separadas de los hombres, entraban por la puerta pequeña.

(*Semitica*, III, Paris 1950, pp. 67-72). Marcel Aubert, *Les fouilles de Doura-Europos* (*Bulletin Monumental*, Paris 1934, p. 405), ha escrito que el nicho de esta sinagoga parecía ser el origen del *mihrāb* de las mezquitas islámicas.

Las disposiciones de esta sinagoga son semejantes a las que unos siglos más tarde tendrán numerosas mezquitas musulmanas: en algunas de las más antiguas omeyas de Siria, la sala de oración, como en el oratorio judaico, no está dividida en naves por columnas. El nicho abierto en el muro de fondo, flanqueado generalmente por columnas, pasará a ser el *miḥrāb* de orientación, y la cátedra del arquisynagogo el almimbar de las mezquitas. Estas tendrán también patio precediendo a la sala de oración.

A pesar de tan grandes coincidencias, Lambert cree que no se puede afirmar que la mezquita derive completa y únicamente de la sinagoga judía. Algunas de las semejanzas registradas son comunes también a las iglesias cristianas contemporáneas.

En gran número de éstas un patio o *atrium* precedía la fachada occidental del templo. La división interior en naves paralelas de muchas mezquitas, separadas por filas de columnas, puede compararse con la análoga de abundantes templos de plano basilical.

El nicho excavado en el muro de fondo, de gran importancia, tanto en la sinagoga de Dura-Europos como en las antiguas hipóstilas de Khan Irbid en Galilea o la de Hammām Lif en Túnez, existía también, además de en los templos de la India y en los santuarios premusulmanes de Arabia, en muchas iglesias del Oriente próximo y muy particularmente en las coptas (*haykal*). Al reconstruir en 705 la mezquita de Medina, el gobernador ʿUmar ibn ʿAbd al-ʿAzīz empleó por primera vez el *miḥrāb* en forma de nicho.

El almimbar tiene también antecedentes en las iglesias cristianas. El señor Georges Marçais le compara a las *cathedrae gradatae* coptas y bizantinas, como las que había en el monasterio de Apa Jeremías o en Santa Sofía de Constantinopla. La de Torcello en Italia, en parte conservada, ofrecía, con sus múltiples peldaños entre dos muros en rampa, gran semejanza con el más antiguo almimbar existente, el de la mezquita mayor de Qayrawān ¹.

¹ Georges Marçais, *L'Eglise et la Mosquée*, apud *L'Islam et l'Occident, Cahiers du Sud*, 1947, pp. 174-184. Cito este trabajo, que desconozco, según las re-

Termina Lambert afirmando lo aventurado que es suponer derivada la mezquita exclusivamente de cualquier edificio religioso o civil de los que se levantaban en el Oriente próximo en la época en la que se formó el islam. Pero no se puede prescindir de las semejanzas que los primeros monumentos del nuevo culto tenían con unos y otros.

Conviene no olvidar, para el estudio de los orígenes de la mezquita, las relaciones que la unían a las sinagogas y a las iglesias. Se verá así que en los tiempos inmediatamente posteriores a la Hégira hubo un parentesco singular entre los edificios del culto de las tres religiones «de las gentes del Libro».

* * *

Hace años que el profesor Ahmad Fikry negó el origen basilical del plano de las mezquitas; el *miḥrāb* afirmaba ser una innovación espontánea en el islam ¹. Sus teorías no fueron acogidas favorablemente por los historiadores del arte musulmán, la mayoría de los cuales propugnan la filiación basilical de las mezquitas.

En una comunicación presentada al XVI Congreso Internacional de Historia del Arte, celebrado en Lisboa en 1949, Fikry insiste en su hipótesis ². Después de condenar el método empleado por Creswell para fijar los orígenes de la Qubbat al-Šajra (concluye diciendo que el 22 por ciento son romanos, en igual proporción bizantinos y el 55 sirios), afirma que el muro de la *qibla* es el elemento esencial de toda mezquita, y el *miḥrāb* tan

ferencias del artículo de Lambert. Tampoco he logrado leer el artículo *Origins of the Mosque*, de C. Saardo, publicado primero en *Terre d'Islam*, septiembre 1937, y después en *The Moslem World*, XXVIII, 1938.

¹ Ahmad Fikry, *Nouvelles recherches sur la grande mosquée de Kairouan* (Paris 1934), p. 62.

² Notas, *El XVI Congreso Internacional de Historia del Arte* (Revista de Ideas Estéticas, VII, Madrid 1949, pp. 296-297).

sólo complementario, que no es forzoso esté colocado en su centro. En las mezquitas no es de rigor la existencia de una nave central que conduzca al *mibrāb*, por lo que éste — afirma el profesor egipcio — no corresponde al ábside de las basílicas cristianas, ni procede de él. El plano en T de algunos oratorios islámicos responde al deseo de elevar cúpulas en una nave, que puede o no ser la central, lo que, según Fikry, destruye el argumento que se quiere deducir de la pretendida semejanza entre algunas basílicas cristianas y varias mezquitas.

Como conclusión, afirma el señor Fikry ser el plano de la mezquita una ordenación arquitectónica original, surgida en el medio espiritual del islam y de las condiciones geográficas de los países en que primero se desarrolló. Las analogías que se han creído encontrar con los templos cristianos son fragmentarias, tan sólo se dan en casos aislados y carecen de trascendencia general.

No creo que esta teoría, más influída por la sensibilidad religiosa islámica que fundada en análisis de historia artística, logre muchos adeptos. Ni el cristianismo, ni el islam, ni ningún otro movimiento humano, de cualquier índole que sea, crearon de la nada las formas arquitectónicas destinadas a satisfacer sus necesidades. Nuevas ideas y concepciones suelen encerrarse en sus comienzos en odres viejos. Si son fecundas, sólo más tarde crearán recipientes propios, en los que aparecerá siempre, por originales que sean, más o menos transformada, la huella de los de antaño. — L. T. B.